

DOS CUENTOS BREVES

José Kameniecki

ATRACCIÓN TURÍSTICA

Paseaba por las calles de esta ciudad. Encendí un cigarrillo, arrojé el fósforo sobre la vereda y lo apagué con la punta del zapato. No alcancé a caminar unos pocos pasos cuando escuché el sonido repetido de un silbato. Era un agente de policía que se paró frente a mí y comenzó a palparme. Dijo no encontrar mi número de identidad. Me sentí molesto, impotente. A la espera de una disculpa, le pedí una explicación acerca de su extraño proceder. Sin darle curso a mi solicitud, me hizo saber que procedería a confeccionar el acta de contravención “por haber transgredido expresas disposiciones vigentes” respecto al abandono de objetos en la vía pública y que, al no portar identificación, me llevaría detenido a la comisaría para averiguación de antecedentes.

En vano intenté darle cuenta de mi condición de turista que me eximía de conocer los reglamentos locales. Arguyó que yo había cometido una falta grave —acentuó esta última palabra como para intimidarme— y me advirtió que no intentara sobornarlo ya que la pena sería mayor. Me tomó de la mano obligándome a seguirlo. Convencido de mi total inocencia, obedecí sin resistirme, seguro que sus superiores me liberarían de inmediato.

Caminamos unas pocas cuadras y al llegar a esta esquina se detuvo. Desenfundó el revólver y disparó varios tiros al aire. Comenzaron a surgir personas de todas partes que formaron un círculo alrededor de nosotros a las cuales mi captor les relató, en manera minuciosa, el incidente del fósforo. Por la expresión de sus rostros ratifiqué la gravedad de mi inocente acto. Dos hombres robustos me echaron al piso y, tomándome de brazos y piernas, me encadenaron a este poste de alumbrado. Pasó el tiempo y sigo aquí.

Esta historia les cuento a los turistas cuando se acercan a alimentarme.

BAJO LAS LEYES DE LA GRAMÁTICA

Los primeros rayos de sol dibujaron sobre las nubes la silueta sanguinolenta de un escorpión. El prodigio fue interpretado como mal augurio por los insomnes ciudadanos que esperaban el desenlace. Apenas el astro descubriera su perfecta redondez, Sócrates iba a ser ejecutado.

Tras despedirse de los suyos, el condenado se recostó sobre su lecho. Con la mirada fija en la sombra que se proyectaba sobre la pared, movía los labios como si estuviera elevando una plegaria. El fiel Critón, el único que se quedó junto al



Jacques-Louis David (Francia), *La muerte de Sócrates*, óleo sobre tela, 1787.

maestro, le acariciaba la frente: “Deja ya de orar y prosigue con tus enseñanzas hasta el final”.

Sócrates se incorporó y caminó hacia la pequeña ventana enrejada: “¿Acaso es momento para la oración? ¿Recuerdas, querido Critón, cuando antaño expresé mi gran novedad, aquello de que *sólo sé que no sé nada*? Ahora, ante el pórtico del Hades, lo que tomé por verdadero se me presenta como erróneo”.

“Escúchame, Critón, me queda un instante de vida y quiero dedicarlo para plantear lo que estuve meditando cuando creíste que oraba: deseo que memorices lo que diré a continuación y encomiendes a Platón que lo asiente por escrito. Mientras yacía acostado recordé un ejercicio que aprendí del sacerdote de Amón en Egipto, como remedio contra el miedo, que consiste en recitar en forma mecánica hasta que se desvanezcan los sentidos. Me puse a conjugar aquellos verbos que utilizo con frecuencia cuando una idea se me impuso...” Dejó la frase en suspenso y se sentó. “Te habrás percatado que uno no puede ordenarse a sí mismo la ejecución de un acto, pues el modo imperativo carece del pronombre *yo*. Mi conclusión es la siguiente: la primera persona del singular ha sido concebida expresamente para obedecer”.

Critón escuchaba en silencio. “Ahora, prosiguió Sócrates, sin una imposición voluntaria el acceso a la sabiduría queda denegado para uno, pero no para los demás pronombres. Sabe tú, sepa él...”

El Servidor de los Once puso fin a la exposición; había llegado el momento de beber la cicuta. Un esclavo le tendió la copa. “Bebe”, ordenó. Sócrates obedeció en primera persona. ☒

José E. Kameniecki (Buenos Aires, 1952). Psicólogo, escritor, periodista, curador de artes visuales y editor argentino. Ha publicado cuentos y artículos diversos en diarios y revistas de Argentina y del exterior, así como las novelas *La Construcción del Espejo* (1996) y *La calle de los museos* (2002). Su obra mereció premios y menciones en concursos literarios. Fundó y dirigió la revista literaria *El Muro*. Fue Director General y es actualmente Editor de la Revista Internacional de Literatura y Arte *Francachela*, dedicada desde 1996 a promover la integración cultural latinoamericana. Es corresponsal de *Archipiélago* en Argentina.